

Jordi Graupera
LA SOBERBIA

COLECCIÓN FRAGMENTOS
SERIE PECADOS CAPITALES

Traducción del catalán
SARA LOSCOS

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLS, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La lujuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *La supèrbia*

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 64
Serie PECADOS CAPITALES

Primera edición FEBRERO DEL 2020

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción gráfica IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de
Giulio Roscio, *Icones operum
misericordiae*, Bartholomæ y Grassii,
Roma, 1586

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S.A.

© 2020 JORDI GRAUPERA GARCIA-MILÀ
por el texto

© 2020 SARA LOSCOS LÓPEZ
por la traducción del catalán

© 2020 FRAGMENTA EDITORIAL, S.L. U.
por esta edición

Depósito legal B.3.875-2020
ISBN 978-84-17796-29-7



Con la colaboración del Departament de
Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

Moraleja	7
I La charcutera	9
II El equilibrista	15
III Orgullo y vanidad	19
IV El hombre-perro	29
V Falsa conciencia	43
VI El amor propio	51
VII El término medio	57
VIII «Que la somio completa»	67
IX Utilidad de la soberbia	81

MORALEJA

MI EXPERIENCIA, para lo que valga, es que tu mejor virtud es tu peor defecto. Este es el origen de la tragedia y por eso suele decirse que el infierno está lleno de buenas intenciones. Que si algo te salva, también te condena. Que lo que te libera te esclaviza. Que tu fortaleza es tu debilidad.

LA CHARCUTERA

NUNCA ME HABÍA SENTIDO tan derrotado —y nunca más me he vuelto a sentir así— como el año en que cumplí los veinticinco. Mi padre había muerto hacía unos meses y mi madre hacía unos años. Tenía un trabajo que odiaba pero que era demasiado bueno como para dejarlo. No había terminado la carrera y fumaba más marihuana de lo que estoy dispuesto a admitir. De puertas afuera estaba bastante entero y de puertas adentro, todo lo contrario. La excepción eran los viernes por la tarde. Al salir del trabajo me dirigía a una charcutería *delicatessen* a un par de calles de mi casa. Entraba como si me hubiera tocado la lotería. Compraba de todo, siempre que tuviera colesterol. Era mi momento de pura alegría.

La dependienta era una señora de unos cincuenta años, particularmente lenta, que se aturdía

ante mi energía desesperada. Yo hacía grandes esfuerzos por ser simpático y jovial, para mantener el tono que quería que tomase la noche, sin pensar que al otro lado del mostrador también era viernes por la tarde. Me figuraba que ella debía de estar encantada, dado que yo gastaba muy por encima de lo recomendable y a una gran velocidad. Era parte del placer: gastar irresponsablemente en quesos, embutidos y alcohol. Imaginaba a mis compañeros de piso embelesados con los tesoros que traería en las bolsas y me sentía eufórico.

Un día que pagaba una factura más alta de lo habitual, ella me soltó: «Tú te lo tienes un poco creído, ¿no?» Se me derrumbó todo. Estuve a punto de decirle: «Señora, yo también veo sus defectos. Ya veo que no es usted muy lista y que alberga menos inteligencia emocional que estas croquetas, pero ¿verdad que me lo callo? ¿Verdad que nadie le dice nada, a pesar de que todos lo vemos?» En lugar de eso le dije: «Cada uno hace lo que puede.» No volví en dos años, acabé la carrera y me fui del país.

Durante mucho tiempo he pensado que lo más soberbio de mi actitud de ese día fue la respuesta. Si me hubiera enfrentado con la charcutera, si hu-

quiera dejado que se me llevaran los demonios y le hubiera gritado, si hubiera mascullado un insulto, aunque fuera solo entre dientes, la habría tratado como a un igual. Pero no. Consideré más educado no decir nada, contenerme, no entrar a disputar un territorio, el de la ofensa, que en realidad, pensaba yo, no tiene ningún valor.

Como tiendo a la abstracción y al misticismo, cuando alguien me disputa un terreno mundano o sucio, siempre cedo de entrada. Intento proteger lo que me parece más elevado, que siempre es lo que hay dentro de mi cabeza. Esto suele enfurecer profundamente a mis antagonistas y es algo que me ha dejado perplejo durante mucho tiempo, hasta el punto de que mi mecanismo de defensa recurrente no es hacerme el tonto, como hace tanta gente inteligente que conozco, sino hacerme el inocente.

La verdadera humildad consiste en plantar cara en el terreno que escoge el otro, pero nunca he encontrado en mí la fuerza para fingir belicoidad y, en consecuencia, siempre acabo sonando condescendiente.

Hay una forma más sencilla de explicar el párrafo anterior, que es decir que soy un soberbio

justamente porque solo me interesa discutir los temas que a mí me interesan. Aún más si los domino y, por tanto, me permiten ser o parecer superior a mis interlocutores. Es irrelevante si tengo tendencia al misticismo o a la abstracción, podría decir tranquilamente que tengo tendencia al fútbol o al cine. El reverso de esta acusación hacia mí mismo es afirmar que tengo todo el derecho a tener unos intereses y no otros, y a discutir solo sobre aquello que me entretiene o me beneficia. Y el reverso del reverso es decir que esta acusación hacia mí mismo es una *captatio benevolentiae*, como lo es todo este primer capítulo: fingir que me ataco para ganarme el favor del lector y ser aceptado incluso antes de empezar, de tal forma que el miedo a escribir un mal ensayo quede compensado por un amor a mis defectos.

El síntoma más molesto de la soberbia, y el primero que se detecta desde fuera, es no escuchar. Es una manifestación física, en el sentido de un automatismo o de una consecuencia natural, como engordar si eres un goloso. En cambio, cuando hay un silencio incómodo o cuando aparece, aunque sea tangencialmente, un asunto que dominas, te envuelve todo el cuerpo una sensación, similar a la

de la vergüenza pero al revés, fría y sosegada, de ser indispensable: entonces hablas demasiado.

Porque solo te interesa el poder. Solo te interesan las palabras que hacen más fuerte tu dominio sobre ti mismo y sobre los demás. Superar la soberbia es esencial para vivir mejor y tener una vida con horizontes de referencia más amplios. Pero a menudo es un ejercicio de hipocresía: escuchas para no ser soberbio. Este esfuerzo es difícil de disimular y te lleva finalmente a dudar de todo tu criterio. Ya no sabes distinguir lo que vale la pena de lo que solo es un ejercicio espiritual. Enjaulado en la prisión de la humildad forzada, la duda te corroe: ¿y si solo estás perdonando la vida a los que te vienen con monsergas? No creo que sea casual que haya acabado escribiendo una tesis doctoral contra la idea de neutralidad. Por eso la soberbia no se puede solucionar con una transformación de la personalidad, sino con un fortalecimiento del carácter. No se cura en sociedad, intentando adaptar los gestos a las expectativas morales, sino en soledad, tratando de crear un criterio conociendo los propios límites.

Como se ve, la soberbia es un vicio de la percepción, y por eso siempre permite una reflexión

más, en una espiral infinita. Tal vez por ese motivo a menudo se entiende mal, a veces sin querer y a veces con malicia, y ese malentendido es un veneno porque la presión social contra la soberbia es también una forma de destruir los mejores ángeles de nuestra naturaleza y las pocas ocurrencias originales que vamos teniendo a lo largo de la vida. El antídoto de la soberbia no es solo la humildad, también es un espacio social donde el interés genuino por cosas diferentes y elevadas es visto como una ganancia para todos. Hace la vida más rica y más abierta.

Ahora bien, más allá de esta tendencia o no tendencia mía a la abstracción, también hay una pregunta concreta que me interesa, y es por qué coño la charcutera no podía dejarme comprar feliz. Intentaré responderla.

II

EL EQUILIBRISTA

CUANTO MÁS FRÁGIL ES una comunidad, más necesidad tiene de censurar los caracteres fuertes. Y durante siglos hemos cultivado la idea de que entre todos los defectos de los caracteres fuertes, el más peligroso es la soberbia. El soberbio es el padre de la tragedia porque su actitud desmesurada invita a la violencia. Es un irresponsable, hay que mantenerlo a raya.

Mantenerlo a raya es tarea de todos. Las calles a este lado del Mediterráneo están llenas de ciudadanos comprometidos con el deber cívico de advertirte cuando sufres de un exceso de carácter. En cualquier momento, el primero que pasa te lo comenta. A este nivel solo se llega con los tímidos. El ensañamiento con los tímidos no sé de dónde proviene, pero podría ser que nadie quiera desaprovechar la oportunidad de regodear-